

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 59.—BARCELONA 16 DE JULIO DE 1915



Automóviles de la Cruz Roja inglesa, en Flandes

## ASPECTOS QUE ABRE PARA EL PORVENIR LA PRESENTE GUERRA

Para nadie es un secreto que el espíritu del pueblo alemán ha evolucionado desde el mes de agosto de 1914 acá. Entró en la guerra con cierta despreocupación y demasiada confianza en sí mismo. Hasta pasados cuatro o cinco meses no surgió poderoso y unánime el sentimiento de solidaridad y fusión de todas las voluntades en una sola; hasta entonces, no se creó la unión espiritual y la renuncia a los intereses individuales en aras del colectivo, que tanta y tan inesperada y extraordinaria fuerza han dado al Imperio. La guerra la comenzó el ejército; ahora la sostiene toda la nación.

¿Qué causas han engendrado esa derivación de sentimientos? No hay más que una: la conducta de Inglaterra y Francia.

Apenas se hubo patentizado en los campos de batalla la superioridad militar de Alemania, sus enemigos del Oeste trataron de obtener la victoria por medios que se salían del orden militar. Era la primera vez que se había de resolver una guerra a retaguardia del frente de operaciones, en el corazón del país adversario y sin acudir a las armas; bastaba el hambre.

Persiguiendo al comercio que los neutrales sostenían con Alemania y cerrando las fronteras y rutas marítimas de esta nación, imaginaron Francia e Inglaterra que Alemania se arruinaría interiormente, primero, y sucumbiría de inanición, luego; el papel de los ejércitos era secundario y auxiliar.

Pero es muy difícil en nuestra época que una nación poderosa, adelantadísima en los campos de la ciencia, industria y agricultura, sea totalmente aislada del resto del planeta; e imposible, desde luego, que quien se cree superior en potencia militar a los demás se resigna a ser vencido por estos medios desusados y poco humanitarios. La reacción contra esta amenaza no tardó en surgir en el Imperio alemán, que se presentó de pronto con caracteres desconocidos y casi increíbles: fuerzas que se encontraban en estado latente se desarrollaron prodigiosamente, energías dormidas se pusieron en acción, la austeridad de la vida doméstica volvió a ser un hecho, y, en una palabra, el ejército alemán se compuso de 65 millones de personas en vez de cinco millones de individuos.

Apretóse todavía más el tornillo con que se quería estrangularla, y como respuesta vinieron los ataques a los Dardanelos, la agitación en la India y la acción de los submarinos. En los teatros de la guerra, los ejércitos redoblaron su entereza y barrieron a los rusos, sin retroceder un paso en Francia, pese a la muchedumbre de sus enemigos. Cada ensayo de los aliados para aplastar a Alemania, ha beneficiado a ésta, que sentía cómo se agigantaban sus fuerzas, disminuyendo a la par las del adversario.

Sin embargo, éste todavía no se ha dado cuenta de su error; persiste en él; lo acrece. A las medidas



de orden material, ha ido sumando las campañas de prensa que, hiriendo en lo más vivo el alma alemana, la han templado y puesto en condiciones para soportar las circunstancias más aflictivas y adversas. Jactándose de perseguir la destrucción de Alemania y no su mero vencimiento militar, Francia e Inglaterra han enseñado a Alemania a bastarse a sí misma. ¿Han reflexionado los aliados en lo que acontecerá después de la guerra? Triunfe o salga derrotado el imperio germánico, ¿quién podrá competir en las luchas de la paz con un pueblo que ha moralizado sus costumbres, ha movilizadado todas sus energías, sin prescindir de ninguna, y ha sabido contentarse y vivir con sus propios recursos y capacidades? El engrandecimiento futuro de Alemania, habrá sido obra de sus actuales adversarios, y éstos no se arrepentirán jamás bastante de la torpeza con que han procedido.

Lo mismo los individuos que las colectividades fracasan cuando van en pos de un ideal, sin contar con medios adecuados, para alcanzarlo. Y los beneficios del triunfo recaen sobre quienes, más precavidos y mejor dotados, han aprendido con los tropiezos de los iniciadores y conocen los obstáculos en que éstos se estrellaron. De donde se infiere que Francia e Inglaterra, proponiéndose una empresa superior a sus medios, han enseñado el camino a Alemania, y han prestado un triste servicio a la humanidad: porque, en lo futuro, no será ya un caso insólito y extraordinario el buscar la destrucción total, en vez del quebranto, del adversario.

Otro peligro, casi tan grave como el expuesto, se cernirá en adelante sobre las naciones que no sepan o no puedan hacerse respetar sin la ayuda ajena.

Merced a su enorme expansión económica y a sus relaciones mundiales, Inglaterra ha ido recabando el apoyo de pueblos que no tenían nada que defender, ni perder, ni ganar en esta guerra; unos, se lo han prestado tácito; otros, efectivo. También Alemania movió a Turquía y no cesa de laborar en los Balkanes. Como ensayo hecho cuando ya la guerra asolaba a media Europa, no ha resultado fallido; otras fueran las consecuencias si la diplomacia hubiese preparado mejor el terreno, con años de antelación. De esperar es que en los futuros choques entre los colosos del orbe, una pléyade de satélites sumen sus fuerzas a las de los soles, y no haya conflicto de alcance limitado; las guerras del porvenir habrán de ser más generales y de trascendencia tal, que sus consecuencias alcanzarán a todos. ¡Todo se ha engrandecido; hasta ese cuadro pavoroso!

El mismo día que se firme la paz, comenzarán los trabajos para preparar la nueva guerra. Se irá a buscar el elemento más insignificante; la voz neutralidad tenderá a desaparecer, por no responder a una realidad, sino a estados de derecho pasados, quién sabe si para siempre.

Ante esos presagios, por desgracia fundados, evidentes para quien no cierre voluntariamente los ojos, las naciones que esta vez han tenido la fortuna de salir indemnes de la guerra, tendrán que aprestarse sin pérdida de tiempo a cumplir muy áduos y graves deberes; porque apenas se concibe la posibilidad de que haya quien pueda substraerse a intervenir en la política internacional, que tendrá

caracteres más apremiantes y conminatorios cada día que pase. Y hay que reconocer que así debe de ser: en guerras de esta naturaleza, que lesionan los intereses y la vida de todos los pueblos, a todos corresponde hablar. No será, probablemente, nuestra generación la que vea la confirmación de estas ideas; esto mismo nos obliga a prepararnos desde luego, para que jamás llegue el caso de que tengamos que movernos contra nuestra voluntad y conveniencia.

## COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

Metz-Charleville.—Visita al castillo de Bouillon

### III

La antigua ciudad gálica recibió la visita de Attila a mediados del siglo V. En sus ruinosos restos levantaron los reyes carlovingios la capital de Anstrasia, el centro de su poderoso reino.

Después de las repetidas particiones del imperio entre los últimos miembros de aquella casa, acordaron Luis el Alemán y Carlos el Calvo, en el tratado de 870, que al primero corresponderían en lo sucesivo, entre otras, Alsacia y Lorena. Con este tratado fundaban las simientes de las naciones alemana y francesa.

En un principio bajo el poder inmediato del obispo de la ciudad adquirió Metz en el siglo XIII su autonomía, con los derechos de condado y fué declarada ciudad imperial. Floreció en este estado hasta 1552.

Ocupada en este año por los franceses bajo las órdenes de Montmorency y reconocido el dominio de Francia en Metz, Toul y Verdun, por el tratado de Westfalia, llegó el fin de su grandeza con el de su autonomía.

Tres siglos permaneció en poder de los franceses, hasta que en 29 de octubre de 1870 la ocuparon los ejércitos alemanes. Sin embargo, sólo la paz de Francfort acordó la cesión al Imperio, a pesar de todos los esfuerzos de Thiers por conservarla. Metz fué siempre una fortaleza de importancia. Sitiada en 1552 por Carlos V. y en 1814 y 1815 por los alemanes, nunca sucumbió a los ataques enemigos; llamáronla con razón «La Pucelle». Después de las batallas de agosto en sus alrededores, durante la guerra franco-alemana, cayó por vez primera en manos enemigas, el 27 de octubre de 1870.

Estaba decidido que el ejército francés haría frente al enemigo en la vieja fortaleza de Metz, provista en los años anteriores de importantes fuertes, que, aunque hechos solamente de tierra apisonada, bastaban por su posición a ambos lados del Mosela para defender el fuerte antiguo, el cual, por sí solo, no habría resistido. Se le designó para asiento del Cuartel general del ejército del Rhin. El 12 de agosto se hizo cargo Bazaine del mando de este ejército y resolvió abandonar la plaza, retirarse a Chalons y, unido al resto del ejército francés, al mando de MacMahon, dar allí la batalla decisiva. Apenas principiaba a llevarse a efecto la retirada, cuando las avan-



zadas alemanas bajo el mando del general von der Goltz, hicieron un atrevido ataque, que dió lugar a la batalla de Colombey-Neully, el día 14. Sin resolverse el combate, retiráronse ambos combatientes al atardecer. Mas, alentados los prusianos por este éxito relativo, sorprendieron el ala izquierda el 16 por la mañana, en Vionville. El mariscal francés, no supo aprovechar su superioridad para destruir al enemigo, ni abandonar de hecho la plaza. Permaneció en ella esperando detener así, alrededor de Metz, un ejército superior al suyo; sólo con este objeto se efectuó la batalla de Gravelotte. Cortado de Mac-Mahon, su primer esfuerzo por salir de Metz, lo hizo el 31. Sin embargo, la batalla de Noisseville echó por tierra el proyecto, el primero de septiembre, el mismo día de la desastrosa derrota de Mac-Mahon en Sedán. Entonces empezó propiamente el sitio de Metz. El 27 de octubre se entregó la plaza por falta absoluta de víveres, y con ella 3 mariscales, 4.000 oficiales y 173.000 soldados, de los cuales 20.000 heridos y enfermos; 800 cañones, material para 85 baterías, 66 ametralladoras...

Hoy es Metz la fortaleza más potente de Alemania, con sus 14 fuertes dotados de los más poderosos medios de defensa que el ingenio del hombre ha sido capaz de imaginar.

Al principiar la actual guerra, se propusieron los franceses romper la línea alemana Metz-Vosgos por medio de un «ataque napoleónico», aislar Metz del grueso del ejército alemán que marchaba por Bélgica, y rendirlo. Mas el príncipe heredero de Baviera cuidó de deshacer estos planes derrotando a los franceses el 20 de agosto. El comunicado oficial del general Joffre confirmaba en 23 del mismo mes la retirada de sus tropas de Lorena, el primer triunfo de las armas imperiales contra los republicanos en la lucha gigantesca.

Nos enteramos que las bombas que los aviadores franceses habían arrojado sobre ella en días pasados no han causado desperfectos dignos de mención.

Pronto está a nuestras espaldas la ciudad, de aspecto medioeval; corremos luego un momento a lo largo de la frontera francesa, torcemos a la derecha y atravesamos la línea invisible que, sin embargo, separa dos pueblos tan distintos; dos naciones tan unidas en la tierra y tan alejadas en su carácter y en su ser, en sus aspiraciones y tendencias; dos razas entre las cuales la historia en sus designios enigmáticos cavó un abismo tan profundo...

¿Es posible que esa división imaginaria, impalpable, lo sea tan radical que del uno al otro lado haya de caer eternamente la invectiva o la pólvora? ¿No sería más cuerdo y racional que la amistad, la fraternidad y la armonía fueran otros tantos lazos entre los habitantes de la derecha y de la izquierda,—que al fin y al cabo todos son humanos—en nombre y para grandeza del progreso, de la civilización, de la cultura: fines inconmensurablemente más elevados que mezquindades de poder y extensión?

Al entrar en Francia inunda mi espíritu una sensación intraducible. Es la fuerza de la idea: empiezo a comprender cómo esa línea divisoria ideal puede tener tan prodigiosa significación. Abandono la nación representante por excelencia del extremo

de fuerza intelectual y moral que puede alcanzar un pueblo moderno; ante mí extiéndose, aún opulento sin igual, el que fué durante tantos siglos la cabeza pensadora de la humanidad civilizada, hoy declinante, vencido bajo el peso abrumador de una civilización demasiado refinada...

Aquí están ya las huellas de la guerra. Aquellos muros desnudos que sostuvieron techos risueños, aquellos restos de casas, árboles calcinados, jardines destrozados, pueblecillos en escombros, campos de desolación y de muerte, que fueron un día hogares de vida y de alegría, donde florecieron perfumadas rosas, y amores juveniles. Unicos signos de vida, en las aisladas casas en pie, soldados haciendo la guardia con aquella seriedad seca y fría que observan durante el servicio; una vieja, a quien ya pesan por demás sus propios huesos, un cántaro desproporcionado al hombro y un perro al lado, galgo de puro flaco, encogido en sí mismo, por efecto quizá de la innoBLE sensación del rugir de los cañones o por ofrecer mayor resistencia al hambre que tiene insaciada meses ha.

Diríase hecho de intento cómo, de una infinidad de casas, sólo han quedado los muros sin techo, cual si los soldados en su prisa no hubieran tenido tiempo más que para destruir las partes más débiles de los edificios y, en su furor, no hubieran querido dejar ninguna intacta. Ciertamente a primera vista la explicación parece incontrovertible. Bien distinta es, sin embargo, la verdad. Cuando las casas sirven de parapeto a los soldados, presentan un blanco seguro al enemigo; las granadas que dentro de aquellas estallan derrumban las partes menos resistentes en la zona de su explosión. Los shrapnells, en cambio, producen un efecto muy diverso: al explotar desparraman en un haz de forma oval su carga de balines.

A las cinco de la tarde llegamos a Charleville. Dos oficiales de Estado Mayor nos esperan en el andén de la estación. A pesar de su compañía, la guardia de la estación se opone terminantemente a permitirnos el paso, antes que el capitán de Estado Mayor haya mostrado la orden escrita. Llenado este requisito, montamos en los automóviles que nos esperan, los cuales nos conducen al hotel designado al efecto. Contamos con diez minutos escasos para sacudirnos el polvo de los vestidos y lavarnos manos y cara. Debemos aprovechar la hermosura de la tarde para visitar el campo de batalla de Sedán.

\*\*

### Castillo de Bouillon

Pero antes, como para prepararnos a la vista de las fortificaciones modernas, dedicaremos un cuarto de hora a un viejo castillo feudal, el de Bouillon. Sentado sobre rocas ásperas, dominando el valle angosto del Sémois, altivo, inexpugnable, despierta en mi imaginación la figura caballeresca de su dueño y señor, de Godofredo, noble y sereno, corpulento, pesado, armado, de todas armas, de cabeza a pies cubierto de hierros, conduciendo a la cristiandad entera al sepulcro de su Dios-hombre; tan respetado y querido que le eligieron sus compañeros Rey de Jerusalén; pero tan piadoso y soberbio a la vez, que renunció



al título haciéndose llamar «Protector del sepulcro de Cristo».

Mientras paseo por las almenas y muros del castillo señorial y contemplo los parapetos, fosos y corredores, no puedo contener una sonrisa al pensar que esta construcción, que seguramente en el siglo XI, en los días de su grandeza, no hubiera podido arma humana rendir o destruir, no resistiría a los obuses ni morteros modernos, sin caer demolida en un instante.

La comparo con Verdun, Belfort, Varsovia, etcétera, y con Lieja y Amberes—que tanto hicieron dudar al principio de la guerra sobre la utilidad de las fortalezas ante los medios modernos de ataque,—la sonrisa vuelve a mis labios... pero la voz de nues-

bres de los progresos y de los avances. No en balde la libertad se ha cobijado bajo sus banderas. ¡Siempre adelante, y cuando se da media vuelta, también adelante! El caso es avanzar; no es cierto, señor A?

(El señor A).—¡Hombre, a mí, la verdad, me van escamando los progresos!

—Pues no tiene V. motivo; ¿no están metidos los franceses en un *laberinto*, no llueve en Italia, no reina la estrategia en Rusia y la alegría en Inglaterra? Pedir más, sería gollería. Ahora sí que ya no cabe ninguna duda sobre el resultado de la guerra: los alemanes serán vencidos y ha comenzado ya su derrota.

(El señor B).—¿Lo dice V. en broma, don Subrio?



Desfile de los alumnos de los Colegios de Berlín, ante las autoridades alemanas

tro guía me interrumpe en mis meditaciones: «Meine Herren, unsere Zeit ist abgelaufen! Lasst uns nach Sedán fahren.»

(Señores, ya no tenemos tiempo. Partamos para Sedán.)

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Receta para triunfar en la guerra

—¡Muy contento viene V., señor B! ¿Han llegado ustedes ya a Constantinopla?

(El señor B).—Camino de eso vamos, don Subrio.

—Será por el camino aéreo, porque por tierra y por el agua...

(El señor B).—¿Sostendrá V. que no avanzamos?

—No, no; me consta que son ustedes los hom-

—Yo no entiendo en esos achaques, pero me agradan y satisfacen los argumentos que se aducen para llegar a la consecuencia dicha. Para este tiempo, son muy oportunos.

(El señor A).—¿Para este tiempo?

—¡Es claro! Son del género de los *frescos*, y sin frescura no... Pero vayamos al punto de partida. ¿Cuál es el motivo de su júbilo, señor B?

(El señor B).—Pues, verán ustedes. Por recomendación de V., don Subrio, me dí a leer los artículos de crítica militar del coronel Repington; al principio, me dejaron maravillado sus conocimientos históricos, el aplomo con que exponía la situación y composición de las fuerzas alemanas, los planes de campaña que desarrollaba y los pronósticos que hacía.

—¿Que se habrán realizado al pie de la letra?

(El señor B).—¡Cal! ¡Ni una vez siquiera por casualidad! Después, me desconcertaron las explicaciones que daba de las retiradas rusas, y, finalmente, me sumieron en un mar de confusiones las contradicciones en que incurría, porque un día



decía A, y al siguiente, como los hechos fueran B, demostraba que no tenían más remedio que haber sido B y concluía afirmando que él ya lo había anunciado.

—El procedimiento no es bueno, pero tampoco nuevo.

(El señor B).—Me explicaba, no obstante, la conducta del señor Repington, considerando que la seguía para desorientar a los alemanes...

—Y porque no se le alcanzaba más allá de lo que escribía.

(El señor B).—... y para evitar indiscreciones que pudieran comprometer los intereses británicos. Lo elevado del propósito, justificaba, a mi ver, lo deficiente del medio.

(El señor A).—Es una explicación que no sé si honra a mister Repington, pero a V. sí, sin disputa.

(El señor B).—¿Por qué?

(El señor A).—Por lo ingeniosa y sutil. ¡Eso sí que es la quinta-esencia de la filosofía!

(El señor B).—Sin embargo, poco a poco, me harté de leer tantas incoherencias...

—Al revés de lo que a mí me sucede, que me divierte todo lo grotesco.

(El señor B).—... e iba ya a mandar a cocinar espárragos al famoso coronel inglés, cuando en una de las últimas crónicas, que acabo de leer, da por fin el hombre en la herradura. Por lo visto, el descontento que comenzaba a extenderse en Inglaterra le ha movido a señalar concretamente el mejor, el único camino que existe para que la victoria sea de los aliados; es de una sencillez extraordinaria, como todo lo genial y grandioso. ¿Tengo o no motivos para estar satisfecho?

(El señor A).—Veamos el plan de campaña, señor B. ¿Es secreto?

(El señor B).—¿Cómo va a serlo si se ha publicado con letras de molde? No es un plan, es algo mucho más simple y eficaz; es la idea madre.

—¿Cómo goza V. con nuestra impaciencia, señor B! ¡Desembuche de una vez!

(El señor B).—Oigan ustedes este parrafito; ¡cuídado, que tiene migal: «No debemos dejarnos impresionar por las retiradas rusas, ni por los fracasos que experimentemos al tratar de romper las líneas enemigas, sea en Flandes, sea en la Península de Gallipoli o en otra parte...»

—¡No está mal! Querrá guardar la impresión para cuando desembarquen los alemanes en Ingla-

terra o para cuando los ingleses lleguen a Berlín, ¡armados, naturalmente!

(El señor B).—Si me vuelve usted a interrumpir, no continúo, don Subrio.

—¡Perdone V., señor B! Tiene V. más razón que Salandra.

(El señor B).—Y sigue de esta manera el coronel Repington: «Lo que nosotros tenemos que hacer es matar alemanes, y mientras las bajas alemanas continúen siendo de 10,000 diarias, ejecutaremos nuestra labor y haremos inevitable nuestra victoria final. Lo que tenemos que hacer es evitar aventuras, y, particularmente, evitar a los alemanes la obtención



En Lemberg: soldados austriacos

de grandes éxitos estratégicos, como los de Ulma o Sedan.»

—¿Puedo ya romper, señor B? ¡Porque me es imposible reprimirme más!

(El señor B).—¿Le agrada la idea, no es verdad?

—¡Ja, ja! ¡Encantado! ¡Ja, ja! Pero, ¿eso es un crítico o un matarife?

(El señor A).—Vaya, ya salió V. con la suya.

—¡Cómo no he de salir, si es una tomadura de pelo, con piel y todo! Siga, siga V., señor B; de nuevo le pido mil perdones.

(El señor B).—¡No, si he concluído ya!



—¡Por los bigotes de Kitchener, en mi vida he oído nada más gracioso! ¿No añade el coronel cómo va a matar alemanes, si con maza o puntilla o con polvos insecticidas; acaso con la lectura de periódicos ingleses? ¿Tal vez con píldoras literarias o con melenas de poeta o con tratados de derecho?

(El señor B).—¡Habla V. mucho y no dice usted nada! ¡Al grano!

—¿Qué quiere V. que diga, sino que Repington y los que le hacen caso son infieles?

(El señor A).—¿Cómo, infieles?

—¡Sí, dejados de la mano de Dios y del sentido común! ¿Conque, al cabo de once meses de guerra y de treinta y cinco años de escribir sobre asuntos militares (?), caemos ahora en la cuenta de que para obtener la victoria hemos de destruir al enemigo! ¡Si eso ya lo inventó Caín! ¡Caramba con el fresco de Repington!

(El señor B).—¡Alto, alto, don Subriol! ¡Vayamos a cuentas! Diez mil alemanes multiplicados por 365 días que tiene el año, dan un total...

—¡El problema no es este, sino otro! Para matar un alemán ¿cuántos aliados han de renunciar a su pellejo? Hasta ahora, son seis; luego, para matar 10,000 alemanes han de sacrificarse 60,000 anglo-franco-etc., y por 365 días, llegamos a un producto que sólo cabe en el valle de Josafat.

(El señor B).—No dice semejante cosa Repington. Lo que indica es que los aliados deben estar detrás de sus trincheras y dedicarse a la caza de alemanes...

—Que se presentarán al descubierto, enfocados por un proyector y tocando una campana, para que el tiro al blanco, sea más eficaz. ¡Lo descansado que se habrá quedado el señor Repington! Aconsejele V. que no entregue su receta al general French, porque ¡menudo coscorrón el que se va a ganar!

(El señor B).—Pero ¡si es una cuestión matemática!

—Y con el alfabeto griego. ¡Cuidado que discurren esos ingleses! ¡Son el mismísimo diablo! Me río yo de Napoleón. Estoy viendo el eminente crítico subir a la cátedra, poner la faz grave y unas antiparras montadas sobre la nariz, ahuecar la voz y exclamar con tono doctoral: «¡Señores! Para ganar la guerra, hemos de obtener la victoria!» ¡Y québrese V. los cascos estudiando libros militares!

(El señor A).—Ciertamente, eso es un delirio.

—¡Si señor, el delirium tremens! Y después el diluvio universal, que anegó todas las islas, incluso las británicas.

SUBRIO ESCÁPULA.

## LA TOMA DE FORTALEZAS EN LA GUERRA DE HOY

*Bauban y von Sauer*

Una de las sorpresas de la presente guerra ha sido la suma rapidez con que los alemanes se han hecho dueños de las fortalezas enemigas. La plaza más poderosa—Amberes—que todos la creían inexpugnable apenas resistió 11 días y ni siquiera fué sitiada rigurosamente. Lieja, Namur, Maubeuge, Longwy cayeron al primer golpe.

Para muchos la toma de las fortalezas belgas y

francesas se ha debido *exclusivamente* a la superioridad de la artillería pesada de los germanos, es decir, a los morteros de 42 cm. Krupp y a las baterías a motor austriacas de 30.5 cm.

Bien, sea, que estas bocas de fuego han desempeñado un papel importantísimo, el más culminante, en la guerra actual, pero no hay que olvidar que al lado de ellas ha estado también el *método* alemán y la excelente preparación de las tropas en la guerra de fortalezas.

El sitio de Port-Arthur enseñó que los efectos de la artillería de sitio no dieron el rendimiento que de ella se esperaba. La artillería de a pie no se encontró en la posibilidad de bombardear a gran distancia los fuertes y destruirlos, a pesar de que Port-Arthur no era una fortificación muy moderna, pues carecía de blindajes y los rusos tuvieron que reforzar la mayor parte de atrincheramientos después de comenzada la guerra. Sin embargo los fuertes se mostraron superiores a todos los medios de ataque. Sólo cuando los japoneses llegaron a emplazar sus obuses de 28 centímetros, es cuando obtuvieron buenos resultados. Pero éstos no fueron aún suficientes para efectuar un ataque cercano y luego conducir el asalto. Los japoneses se vieron obligados a hacer uso de las minas, las que ya parecían relegadas y «dadas de baja». Desde entonces todos los ejércitos reconocieron que la artillería de sitio no se encontraba en condiciones de destruir los muros de la fortificación y preparar el asalto; y que el ataque a las fortificaciones debía apoyarse con el trabajo de las minas. Lo que el artillero no podía hacer por arriba con el disparo de sus cañones, el zapador tendría que hacerlo por debajo con sus zapas. En todos los ejércitos se dedicó preferente atención al servicio de «pioniers» y en Alemania se organizaron regimientos especiales de zapadores de fortalezas; al mismo tiempo que en secreto mejoraron los medios de ataque y pocos años más tarde Krupp comenzó la construcción del famoso mortero de 42 cm. que ha sido la sorpresa más grande en esta guerra.

Mientras la industria alemana armara trabajaba incansable en la perfección de la artillería pesada, el ejército no cesaba en sus ejercicios de toma de fortalezas. Casi en todas las maniobras imperiales de años anteriores se hacían ejercicios en grande escala. En la última de 1913—a la que asistió el suscrito como Agregado militar del Perú—hubo un supuesto táctico en el tema general sobre la toma y defensa de la fortaleza de Breslau. (La *Revista Científico-Militar* de Barcelona publicó nuestras impresiones sobre las maniobras imperiales de 1913).

Veamos ahora los métodos en la toma de las fortalezas.

Después de la guerra ruso-japonesa y antes de la caída de Lieja continuó el método de Vauban como el único aplicable en la guerra de fortalezas, a pesar de que corrían opiniones en contra de este método y los alemanes habían dedicado especial atención al ideado por el general von Sauer y prescrito en sus reglamentos. En la guerra turco-balcánica los búlgaros ante Adrianópolis intentaron aplicar el método de von Sauer, pero les resultó sin éxito por falta de preparación. El agregado militar búlgaro en Berlín mayor Ganchew envió la traducción del nuevo reglamento alemán de artillería de sitio a principios



de 1912 y el Estado Mayor búlgaro tuvo muy poco tiempo para practicarlos.

El método de Vauban en la toma de fortalezas consiste en acercarse poco a poco, cubriéndose y protegiéndose por medio de atrincheramientos al fuerte sitiado y, una vez llegado a la distancia conveniente, asaltarlo con gruesas fuerzas.

La figura 1 nos lo explicará mejor:

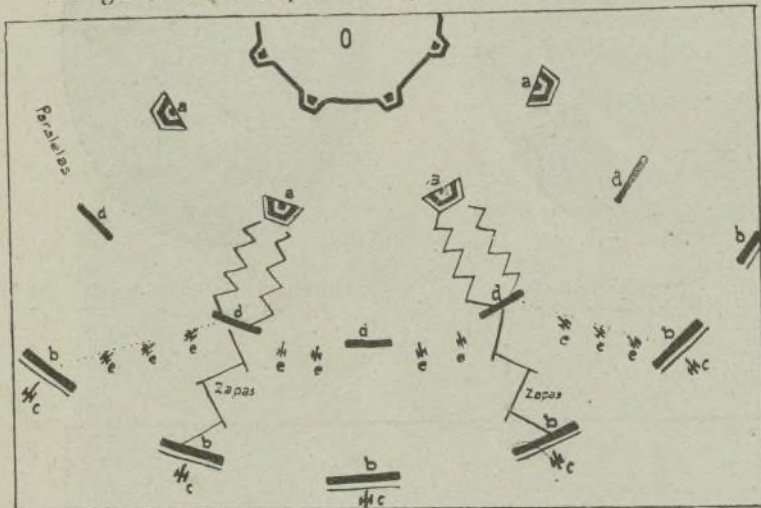


Figura 1

Supongamos que se trata de tomar una plaza fuerte, que tiene un recinto O, y un círculo de fuertes exteriores a, a, a... Se empieza primero por construir el atrincheramiento de cerco, que en el dibujo lo representan las trincheras b, b, b... Detrás de este atrincheramiento se emplaza la artillería de sitio, que queda a unos seis o siete kilómetros de los fuertes destacados de la plaza. Tan pronto como se nota que el fuego de la artillería principia a producir efecto en los fuertes se comienza el aproche y se abren las «paralelas» d, d, d... Al lado de las primeras paralelas, y protegidas por las trincheras, se sitúan las «baterías de segunda posición» e, e, e... a 2500 metros del fuerte que se ataca y se abre inmediatamente el fuego. Entonces, protegido por el fuego de las piezas colocadas en la primera paralela d, d, el sitiador comienza nuevamente a abrir «zapas» que llegan hasta el pie de los fuertes destacados de la fortaleza. Cuando el bombardeo ha logrado abrir una o varias brechas en los fuertes, las tropas que por medio del trabajo de aproche han llegado hasta el pie de los fuertes se lanzan al asalto y los toman a la bayoneta.

Tal es el método del célebre maestro de fortificación Vauban, con el cual método logró sitiar y apoderarse de más de 50 fortalezas desde 1697 hasta 1870.

El otro método es el alemán, del general von Sauer. Este general aprovechando las lecciones de la experiencia en la guerra del 70/71 ideó un método particular, cuyo fin principal es *ganar tiempo y perder poca gente*.

El método de von Sauer estriba principalmente en que no hay paralelas ni zapas, porque no se asalta directamente la fortaleza sino que se dirige un «ataque preparatorio» sobre el intervalo que hay en los fuertes destacados.

La figura número 2 nos lo explicará mejor:

Los fuertes F<sup>1</sup> F<sup>2</sup> son dos de los fuertes destacados... El problema a resolver es: en vez de atacarlos y tomarlos, procurar pasar por entre ellos rompiendo la línea de atrincheramientos corrientes a, a, a... Para esto, el ejército atacante se sitúa en P, P... y bajo su protección se emplazan las baterías b, b, b... a distancia de tiro eficaz. Estas baterías rompen el fuego contra el blanco que tienen al frente. El fuego debe ser intenso de modo que pueda traer al silencio al fuego de los fuertes y obligar a la guarnición a refugiarse en los sitios en que no les haga daño el fuego del sitiador. Silenciado el fuego de los fuertes las tropas sitiadoras que estaban en P, P... se trasladan rápidamente a H, H... y asaltan los atrincheramientos a, a... del intervalo, cuya empresa no es difícil, pues los defensores se encuentran sin el apoyo del fuego de los fuertes.

Este es, más o menos, el método de von Sauer, que se ha puesto en práctica con gran éxito en la guerra actual. Él explica de por sí el que los alemanes sin haberse apoderado de todos los fuertes

de una plaza, ya parte de sus tropas penetraban en la población. Así, por ejemplo, los alemanes habían penetrado en Amberes el día ocho de octubre y todavía el día nueve en la tarde se apoderaban de todos los fuertes de la plaza.

No es, pues, volvemos a repetirlo, el mortero de 42 centímetros el único que ha influido en la toma de las fortalezas belgas y francesas sino también el factor *método alemán*. En Amberes el mayor trabajo lo hicieron la artillería de campaña y la infantería. Tiene mucha razón el ilustrado coronel Avilés cuando en su crónica militar del 16 de octubre escribía: «Ha sido el elemento hombre el que ha tomado Amberes, valiéndose de los armamentos corrientes de que disponen todos los ejércitos...».

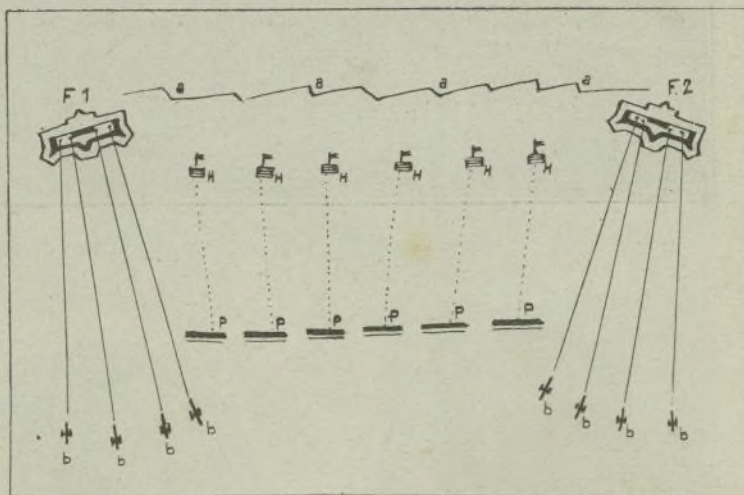


Figura 2

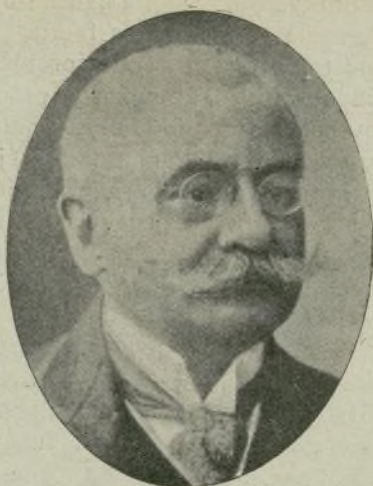
No hay que sentar la teoría de que las fortificaciones no valen nada ante los nuevos medios de ataque. Poco a poco la técnica encontrará también los medios de defensa que contrarresten la superioridad de la potencia de los cañones actuales y del método.

Si hoy ha vencido el cañón sobre la coraza, ¿quién





Mr. Asquith, presidente  
del Gobierno británico



Teófilo Delcassé, ministro  
de Negocios extranjeros de Francia



Gorena y Kin, presidente  
del Gobierno ruso



En el Norte de Francia: árbol gigantesco desplazado por una granada



Mr. Viviani, presidente  
del Gobierno francés

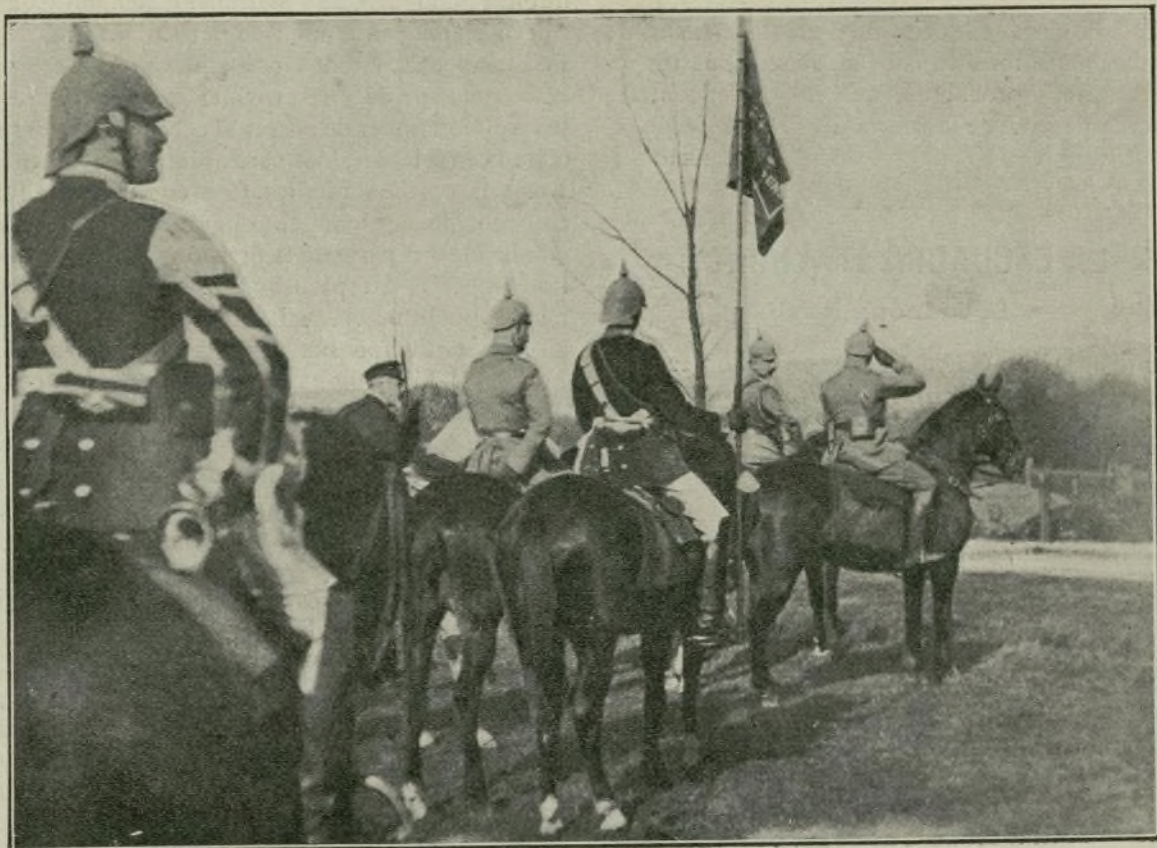


Conde Tisza, presidente del Gobierno  
húngaro y ministro de Negocios Extranjeros



Sazonov, ministro de Negocios  
Extranjeros de Rusia





El Kaiser presenciando un combate en Francia



Una fiesta de tiro celebrada por adolescentes austriacos en el Tirol



puede predecir que la coraza no venza mañana al cañón?

Hasta hoy la superioridad del ataque alemán no encuentra equilibrio con los medios dispuestos por su adversario, y probable es que no los encontrará sino hasta después de la guerra.

J. C. GUERRERO

## LA ESCUADRA ITALIANA

### Dreadnoughts

Andrea Doria (22.700); Cayo Duilio (22.700); Conte di Cavour (22.500); Dante Alighieri (21.000); Giulio Cesare (22.500); Leonardo da Vinci (22.500).

*Fuerza actual en dreadnoughts:* 6 unidades, con 133.900 toneladas.

### Acorazados de línea

Ammiraglio di Saint Bon (9.800) Benedetto Brin (13.400); Emanuele Filiberto (9.800) Napoli (12.800); Regina Elena (12.800); Regina Margheritta (13.400); Roma (12.800); Vittorio Emanuele (12.800).

*Fuerza actual en acorazados de línea:* 8 unidades, con 97.600 toneladas.

### Cruceros acorazados

Amalfi (10.400); Carlo Alberto (6.500); Francesco Ferruccio (7.400); Giuseppe Garibaldi (7.400); Marco Polo (4.600); Pisa (10.600); San Giorgio (10.200); San Marco (10.300); Varese (7.400); Vettor Pisani (6.500).

*Fuerza actual en cruceros acorazados:* 10 unidades, con 81.300 toneladas. Perdido, el Amalfi.

*Fuerza total de la flota italiana de combate:* 24 unidades, con 312.800 toneladas.

Cruceros protegidos: 12.

Cruceros auxiliares, 5.

Cazatorpederos y torpederos: perdidos, 1; quedan 116.

Submarinos: perdidos 2; quedan, 18.

Cañoneros: 4.

Fondeadores de minas: 3.

## DESDE ALEMANIA

*De nuestro corresponsal*

### Expulsión de los rusos del cabo norte de la Prusia Oriental

(Publicado por el Gran Cuartel General.)

Sobre la invasión rusa planeada en Tilsit y los combates que han tenido lugar desde el 18 hasta el 29 de marzo, en el territorio fronterizo de aquel lugar, el Gran Cuartel General escribe lo siguiente:

Cuando los rusos tuvieron que abandonar rápidamente el terreno de la Prusia oriental que habían ocupado, y los restos del ejército se salvaron detrás del Niemen y Bobr después de la batalla de invierno, debió sorprender dolorosamente tanto en

Petrogrado como a los aliados, que el ejército ruso hubiese sido arrojado del suelo alemán. Como el nuevo ejército no pudo lograr ganar terreno en la Prusia oriental y todos los ataques preparados hacia la frontera sur de esta provincia fueron rechazados, se resolvió el plan de poseer el cabo exterior del norte de la Prusia oriental para animar nuevamente en Rusia la opinión pública. Con este objeto se formó el conocido agrupamiento liga-Szawle, organizado con la mayor parte de la división 68 de reserva, milicia imperial y tropas fronterizas, a la orden del general Apuchtin, el cual a mediados de marzo, puso al mismo tiempo sus tropas en movimiento hacia Memel y Tilsit. Los sucesos de Memel son conocidos. Mientras que los rusos vivieron allí desentrenadamente como los hunos, las fuerzas principales del general Apuchtin, habían aparecido el 18 de marzo delante de Tauroggen que fué ocupado sólo por 14 compañías de la milicia nacional alemana. Contra ocho batallones rusos reforzados por la tropa imperial y los regimientos de infantería número 269 y 270 con 20 cañones, la milicia nacional alemana tenía una grave situación. Cuando sus dos flancos fueron cercados o rodeados, debía pasar a Laugazargen, para evitar el peligro de un aislamiento. En el ala izquierda estaba la compañía de la milicia nacional del conde Hagen que había venido a una situación desesperada. Aunque se encontraba cercado de los rusos por todos lados, rompió el asedio, haciendo a la vez 50 prisioneros.

El 23 de marzo se hallaba la milicia nacional con el ala derecha apoyada en el río Jura, en Ablenken, y protegiendo en la región noroeste la carretera hacia Tilsit. En este día tomó posesión el enemigo de Ablenken. El peligro de que el ala derecha alemana fuese quebrantada completamente y la milicia nacional arrojada al norte de la carretera de Tilsit, estaba muy próximo. En este día llegaron además los primeros refuerzos alemanes. Fué un batallón de reserva de Stettin, mandado por el comandante von Horst, que había hecho el viaje por línea férrea a Tilsit, en treinta horas; tomó café en dicha ciudad y enseguida se puso en movimiento hacia la posición amenazada. Después de una marcha pedestre de 24 kilómetros, se aproximó el batallón, por la noche cerca de Ablenken, arrojando completamente a los rusos hacia el norte por medio de un ataque nocturno bien preparado. La crisis por la parte alemana fué vencida, y cuando en los próximos días hubieron llegado más refuerzos, el general Pappritz dirigió las operaciones procediendo a la ofensiva. Entretanto hubo tiempo para el deshielo que dificultó de un modo extraordinario los movimientos de los caminos cercanos. En dicho lugar está el agua a tal altura que al vadear el camino, los cañones quedaban ocultos y la infantería se hundía hasta la rodilla y en parte hasta el vientre; un caballo de artillería se ahogó en el camino, el que se había convertido en un verdadero pantano. Cuando los rusos reconocieron que el cerco se dirigía contra ellos, retrocedieron detrás del Jura en Tauroggen.

Nuestras tropas, las cuales habían visto o sabido en parte las crueldades ejecutadas por los rusos en Memel, persiguieron llenas de indescriptible ira, al enemigo que se atrincheró cerca de Tauroggen, dirigiendo desde la torre alta de la iglesia de aquel lu-



gar, su fuego de artillería contra sus perseguidores. Estos debían construir inmediatamente un puente o paso capaz sobre el desfiladero de Jeziorupa, para traer su especial artillería, en cuya operación se perdió mucho tiempo, que el enemigo aprovechó por su parte para reforzar sus trabajos y levantar obstáculos. Cerca de la hacienda Tauroggen, la infantería alemana, con auxilio de los pontoneros, construyó un camino.

Las peripecias no fueron pequeñas, pues no podía soportarse el frío y las heladas. Hasta la noche del 28 no estuvo terminado el segundo camino que a manera de puente ligero fué levantado entre el hielo y el agua del Jura. El 29 de marzo a las tres de la mañana terminaron los reconocimientos. A esta hora

comenzó el ataque bajo la dirección del comandante von Nussbaum, excelente práctico, cerca de Memel, y cuyo batallón de su mando dió la señal de avance a los batallones de reserva y milicia nacional. Sobre el hielo del río atacaron las tropas alemanas las trincheras enemigas, tomando posesión de la ciudad de Tauroggen. Los rusos fueron atacados por tres lados; abandonaron su resistencia después de graves pérdidas huyendo y dejando más de 500 muertos y 500 prisioneros en los bosques; el día anterior, habían caído en poder de los alemanes, otros 500 prisioneros. Así terminó de un modo victorioso para las armas alemanas la planteada invasión rusa en Tilsit. Desde entonces no existe ningún ruso en el suelo alemán.

## CRÓNICA MILITAR

I. La primera grande enseñanza de la guerra.—II. Sobre la pretendida guerra de desgaste.—III. Los millones de soldados rusos.—IV. El movimiento envolvente contra la línea del Vístula.—V. La retirada rusa en Galizia.—VI. La campaña austro-italiana.—VII. La situación el 10 de julio

### I.—La primera grande enseñanza de la guerra

El concepto del ejército no es por fortuna ahora el de hace treinta años, para la opinión pública. Durante muchos siglos, el ejército fué el brazo ejecutor de la voluntad de la nación, y se desenvolvió dentro de ella como uno de tantos organismos del Estado, sin afinidad apenas ni contacto con las fuerzas vivas del país. Antes de que von der Goltz, con su célebre «nación en armas», difundiese sus doctrinas, se practicaban aquellas en Alemania; von der Goltz las concretó, las difundió, y mostró cuál debía ser el carácter del ejército en los tiempos que corremos. Sin embargo, la obra del general alemán no era más que una de las facetas del problema; la guerra de 1870-71 se había desarrollado con demasiada rapidez y la diferencia de potencialidad militar entre los dos beligerantes era tan grande, que no hubo lugar a que se presentara la gran cuestión de la guerra moderna en su trascendental y plena integridad. «La nación en armas», vigorizó la primera consecuencia de orden general de aquella campaña, pero el cuadro quedó a medio pintar.

Francia aceptó inmediatamente la teoría de que el defender a la patria con las armas en la mano, además de un honor, era el primer deber de todos los ciudadanos; el servicio general obligatorio se fué extendiendo por todas partes, salvo en Inglaterra entre las grandes potencias, y algunas de segundo y tercer orden; y se creyó que no cabía ir más allá, toda vez que si la nación ponía un arma en las manos de cada uno de sus hijos, era imposible hacer más. Ha llegado el conflicto espantoso que tanto se temía, y todas las naciones beligerantes, excepto Alemania, están pagando caro el error de no haber visto en «la nación en armas» más que el servicio obligatorio y algo, a lo sumo, muy poco, de lo que afecta a la entraña del país. Frente a ellas, el Imperio alemán nos ofrece una enseñanza que importa recoger desde luego, antes que, con la extinción del

ruido de la lucha, se den al olvido las realidades de la guerra, y un engañoso optimismo, secundado por el batallar diario de la vida, relegue a segundo término las medidas de previsión que, con ser entonces todavía más urgentes que ahora, parecerán a no pocos exageradas, cuando no innecesarias.

En las grandes guerras de nuestra época, no es el ejército solo—dentro de la significación estrecha del vocablo—quien ha de batirse: es la nación entera, mediante la movilización de todas sus energías morales, intelectuales y materiales. Es muy cierto que contribuye tanto a la victoria el hombre que pelea en las trincheras y arrostra el peligro, como el fabricante y el industrial que laboran para el ejército; lo mismo el jefe que dirige una masa de tropas, que el investigador que en la quietud de su gabinete resuelve los problemas de los cuales depende la inmanencia de las fuerzas militares, y que el agricultor que pospone su beneficio personal al bien colectivo. Todos laboran hacia un fin único y de todos necesita la patria; no hay, ni puede haber rueda inútil. Lo difícil es armonizarlas y engranarlas, de manera que den el rendimiento máximo y se encaucen las energías hacia el objetivo supremo, aquel que interesa a todos, cualquiera que sea su condición: la victoria.

Para ello es menester que la organización se extienda a la industria y a la agricultura, no para someterlas a un régimen militar, nada de eso, sino para que el Estado sepa los recursos con que cuenta y de que podrá disponer, con objeto de emplearlos o darles nueva orientación el día que peligre la seguridad del país, y con ella el porvenir y las haciendas de todos sus individuos.

Pero es más necesario todavía, por ser el punto de partida, que el país se baste a sí mismo en todo lo indispensable; el depender del extranjero en elementos que directa o indirectamente hayan de ser utilizados en la guerra, equivale a ser vencido de antemano si la guerra se prolonga. Surge de aquí el magno y complejo problema de la nacionalización



de las industrias y la producción proporcionada de primeras materias, que es el de más capital importancia, y cuya resolución ha de acometerse sin tardanza y con la firme y perseverante voluntad de llevarlo a feliz término. Con ello, a la par que la seguridad del Reino se asentaría sobre bases seguras y estables, se fomentarían el progreso y la prosperidad en todos los órdenes.

## II.—Sobre la pretendida guerra de desgaste

Se ha echado mano en esta guerra de tantos factores que nada tienen de común con los genuinamente militares, y se hace tal hincapié en el argumento de que la mera prolongación de la guerra bastará a destruir uno de los grupos de las potencias beligerantes, que no está fuera de propósito el examinar si el presente conflicto es probable que pueda ser dirimido por otro camino que no sea el de la fuerza de las armas.

Huyendo de generalidades y concretándose al cuadro que presenta Europa, no habrá quien ponga en duda que la superioridad material de los franco-ingleses en el O. y de los italianos en el S. es evidente y muy marcada; así lo reconocen los mismos interesados. Esta superioridad, por lo menos en los términos que alcanza, se debe a la acumulación de tropas austro-alemanas en el E. La campaña contra Rusia terminará—tal como se está desenvolviendo—con la derrota definitiva del imperio del N. o de los dos centrales; en la primera hipótesis, los austro-alemanes tendrán que retirar sus líneas del O. hacia el Rhin, para defenderlas con menos tropas, y si los refuerzos que de este modo consigan enviar al otro frente tampoco bastan a contener a los rusos, Austria y Alemania tendrán que pedir la paz; la guerra habrá concluido, pero no por la actitud poco enérgica de franceses, italianos e ingleses, sino por la acción resuelta y victoriosa de los rusos. En la segunda hipótesis, los austro-alemanes se encontrarán en apatitud de despachar al O. y al S. gran parte de los ejércitos ahora empeñados contra Rusia, y la situación de equilibrio a que se ha llegado en Francia y las fronteras del Tirol será rota por la intervención de una nueva masa de combatientes, que han aprendido que la victoria no se logra más que con la ofensiva y la perseverancia en los ataques.

Conociendo los métodos alemanes, no se necesita ser adivino para saber que los ejércitos del Kaiser en el O. y los austro-húngaros en el S., sucesiva o simultáneamente, tratarán de repetir los ataques que tan buenos resultados les dieron en el E., y entonces sobrevendrá la decisión, quiera o no quiera uno de los beligerantes, porque si los aliados son vencidos, sus ejércitos serán deshechos y no podrán prolongar la campaña, y si salen victoriosos, no serán ya las tropas germánicas quienes impedirán la invasión de su país.

Únicamente cabría una guerra lenta y de agotamiento, si se admitía que el vencido, fuese quien fuese, se encontrara en estado de substituir el actual frente de batalla por otros cada vez más situados a retaguardia, y mantuviera la moral y la cohesión de las tropas, pese a las sucesivas retiradas. Este caso es muy improbable, sobre todo teniendo en cuenta que cuando los frentes son de centenares de

kilómetros, la victoria decisiva en un punto conduce—hartos ejemplos ofrecen todas las guerras, incluso la actual—al desbarate de toda la línea y a la descomposición de las fuerzas de los sectores inmediatos, por lo menos, al de la ruptura.

Cabría la guerra de agotamiento, si la campaña en el E. reclamara la presencia allí de casi todo el ejército alemán y se desenvolviere con languidez, indecisa. Esta eventualidad se desvaneció en febrero, y ahora ha desaparecido por completo, toda vez que las operaciones entabladas persiguen fines decisivos.

Inclinada en oriente la balanza en uno de los dos sentidos, habrá de moverse también el fiel en occidente y sur. Claro es que si la situación actual en estos últimos teatros se prolongara indefinidamente, sobrevendría el agotamiento de uno de los contendientes, no importa cual, antes que del otro. Pero ello no está en la mano ni depende de la exclusiva voluntad de aliados o austro-alemanes, sino también y principalmente de la actitud que tome el adversario. De suerte que el fundamento de llegar a la victoria por la perseverancia en la resistencia, por el aplazamiento de los ataques, cae por su base: ¿tolerará el enemigo este estado de cosas que, según dicen, le perjudica y se resignará a doblegarse a las conveniencias ajenas? Hay que contar, más aún que con el ejército propio, con el adversario, para desarrollar esta y todas las guerras; y prescindir de un elemento de juicio tan esencial como es el enemigo, para hacer pronósticos edificadores sobre los recursos propios, ha de conducir necesariamente a consecuencias falsas. Bien está que se le diga a una nación: reservemos nuestras fuerzas para que el enemigo gaste las suyas y se declare vencido; pero debiera añadirse esta pregunta: ¿será tan cándido nuestro rival que acomode su voluntad y sus deseos a los nuestros?

## III.—Los millones de soldados rusos

El *Times* del 28 de junio ha publicado una correspondencia de su enviado en Varsovia y un despacho, fecha 27 de junio, de su corresponsal, generalmente bien informado, en Petrogrado. En la carta se niega veracidad a la noticia, acogida por algunos periódicos de la capital, de estar formado por 4.000.000 de hombres el ejército austro-alemán de Galizia, cifra exagerada a todas luces, y se añade que, aun suponiéndola cierta, estaría por debajo del número de hombres de que disponen los rusos. En el telegrama se dice que el comandante en jefe de los ejércitos rusos del Norte—Niemen y Dubissa—, general Alexeief, tiene a sus órdenes doble número de combatientes que el general French en Francia. Carta y despacho han sido permitidos por las censuras rusa y británica, lo cual indica que sus aseveraciones no están por debajo de la realidad; si así no fuera, no se acreditaría de avisado el censor ruso.

Aunque vago, hay pues un fundamento para evaluar con aproximación la fuerza numérica de los ejércitos moskovitas que hay en el teatro europeo. En el N. suman un millón o más de hombres, y como los cálculos de los críticos franceses e ingleses estiman en 500.000 alemanes los que hay en las regiones de Kovno y Curlandia, la inferioridad del atacante es manifiesta, y basta a explicar que la gue-





tra no marche francamente en el N. a una decisión pronta.

En Galizia no debía de haber muchos menos de cuatro millones de rusos al comenzar la campaña el 1.º de mayo, incluyendo en esta cifra los cuerpos de nueva formación que fueron enviados al sector de Tanev. La carta de Varsovia, a que he hecho referencia, no lleva fecha, pero debe de ser de últimos de mayo o primeros de junio. Y, verdaderamente, ahora que los hechos están hablando por sí mismos, se confirma que los cálculos que se hicieron hace un par de meses sobre las fuerzas rusas, pecaron de cortos. Medio millón de prisioneros han caído en manos de los austro-alemanes en Galizia, en mayo y junio; las bajas habrán excedido a este número, porque si, en la derrota del Dunajec, el envolvimiento del ejército de los Beskides occidentales obligó a rendirse regimientos enteros sin apenas haber tenido bajas, a partir de la evacuación de Przemyśl el ejército ruso se ha batido en retirada antes de que su derrota fuera total. Este mínimo de un millón de hombres perdido por los rusos, y las circunstancias de haberse estacionado masas considerables en el Dniester, que durante casi un mes rechazaron los fuertes ataques del ejército de von Linsingen; la longitud de este frente; el hallarse el grueso al E. de Lemberg; y la repugnancia de Ivanov a emprender la retirada general—indicio de que se cree bastante fuerte para seguir resistiendo—, son otros tantos motivos que dan verosimilitud a la cifra de cuatro millones de hombres. Si el 2 de mayo no hubiese habido más que dos millones, la pérdida de la mitad del efectivo ocasionara la dispersión total, por solidez y cohesión que se atribuyan a las tropas rusas. Al Tanev no llegaron, según todas las probabilidades, 200.000 hombres, y otros tantos, a lo sumo, son los que han reforzado el grupo de ejército de Ivanov.

Al millón de hombres en el N. y cuatro millones en Galizia, han de aumentarse los que guardan las líneas del Vístula y Narev. En Polonia, sobre todo al O. de Varsovia, hay un contingente formidable, que en otras ocasiones noticias de procedencia rusa hacían llegar a un millón; pero aunque desde Ivángorod al S. de Mariampol no haya más que un millón, cifra evidentemente baja, dado el gran número de plazas fuertes que hay y el ser casi continua toda la línea, muy atrincherada, se llega a la suma de seis millones de hombres en operaciones contra los austro-alemanes en el mes de mayo o principios de junio.

Con anterioridad a esa época, se encontraban en los campamentos de prisioneros de Alemania más de 600.000 rusos; el total de bajas no hay duda ninguna que se aproximaba a dos millones. De donde se infiere que en esta guerra y sólo en el teatro europeo, han tomado parte siete y medio a ocho millones de rusos. Otro ejército opera en el Cáucaso; hay guarniciones en Siberia, en particular en las fronteras de la Manchuria; las grandes capitales no carecen de tropas, ni mucho menos, en el interior del país y distribuidos en él forzosamente ha de haber bastantes millares de soldados; público es que en la Besarabia hay un pequeño ejército de observación.

Rusia ha puesto, por consiguiente, sobre las armas más de 10.000.000 de hombres, es decir, que

está a punto de agotar toda su fuerza militar, porque si bien es verdad que sus recursos en hombres son inmensos, los aún no llamados a filas no recibieron instrucción militar, y, sobre todo, el material de que disponía el imperio no era el suficiente para un ejército de ocho millones.

Me guardaré muy bien de garantizar la exactitud de los cálculos y deducciones que preceden; pero sí haré notar que los hechos parecen confirmarlos, toda vez que Rusia no ha podido contener, mediante el empleo de masas de nueva formación, el avance enemigo en Galizia, ni la amenaza contra la línea del Vístula, ni las maniobras de los alemanes en Curlandia, que tan sensibles y dolorosas son para los intereses vitales del imperio moskovita.

#### IV.—El movimiento envolvente contra la línea del Vístula.

Mientras el ejército ruso del Dniester, formado por los restos del que fué poderoso ejército de Galizia, se bate lentamente en retirada hacia el E., otros grupos de mucha consideración retroceden con más celeridad entre el Vístula y el Bug, en dirección contraria a la de aquel. La cuña austro-alemana, después de penetrar en carne viva, se bate a derecha e izquierda, empujando ante sí al enemigo. Esto crea una situación extraordinaria, tan peligrosa para los rusos como para los vencedores.

Las tropas del mariscal von Mackensen, a medida que se dirigen hacia el N. se van apartando de sus líneas naturales de comunicación, por interponerse entre las bases y la dirección de marcha el Vístula y, para una fracción del ejército, el Wieprz, aparte de otros ríos secundarios. En las primeras etapas, y de un modo provisional, los automóviles pueden bastar a satisfacer las necesidades del invasor, pero no de un modo definitivo. Es menester que la comunicación se establezca por Polonia, y no por Galizia, y ello exige que se domine el Vístula desde Zavichost a Ivángorod, lo cual quiere decir que el ejército de von Voyrsch—que opera en Polonia meridional, ha de apresurar su movimiento hacia el N. sin perder el contacto con el Vístula.

Los rusos, en cambio, se acercan al gran nudo de comunicaciones de Varsovia y están bien enlazados por Brest-Litovski con el interior de su país.

De donde se deduce que esta maniobra de los austro-alemanes, si bien la que puede ser más decisiva, es la de mayor atrevimiento de cuantas han ejecutado hasta aquí, y revela el estado de inferioridad moral en que se encuentran los rusos.

En otro concepto, al variar Mackensen a la izquierda, expone su flanco derecho a los ataques enemigos; y como los ejércitos de Linsingen se alejan hacia el E., el claro o intervalo entre ambos grupos de fuerzas va en aumento; si se guarnece, la longitud del frente exigirá muchas tropas, exponiéndose de todos modos a resultar débil en un punto determinado; y si no se cubre, pueden intentar los rusos un ataque central, cogiendo de revés a los dos grupos austro-alemanes. Lo más probable es que se haya organizado una masa de maniobra para hacer frente a esta eventualidad, y que el grueso de las fuerzas se lleve contra los dos núcleos rusos del Wieprz y el Dniester, sin formar línea casi conti-



nua, que no tendría ventajas. Las aguas del Bug son un buen obstáculo natural para proteger la derecha alemana, pero la necesidad o conveniencia de apoyarse en este río obliga a extender el frente de avance.

Por estas razones y otras de menos importancia, es comprometida y difícil la maniobra que está ejecutando Mackensen. Es verdad que en la guerra los mejores frutos no se obtienen sin arriesgarse; pero también es posible que el riesgo sea bastante más leve de lo que parece a distancia, por estar los rusos batidos y desmoralizados y ser escasas las tropas aún no empeñadas de que pueden disponer. Lo que haya de cierto no tardarán en descubrirlo los hechos.

Las tropas alemanas del Bzura, al O. de Varsovia, son un auxiliar poderoso del movimiento envolvente, porque tienen en jaque al enemigo y no le permiten distraer su atención hacia otro punto. De la misma manera, las operaciones en las líneas del Narev y Niemen y en Curlandia, y aun las de la Galizia oriental, no son más que auxiliares de la principal, emprendida a retaguardia del Vístula. Si esta última no tropieza en los próximos días con obstáculos tan graves que la hagan fracasar, y se desenvuelve normalmente, en el esfuerzo final cooperarán todos los ejércitos del frente, desde Libau a Besarabia, para acosar al enemigo en toda la línea e impedirle que concentre la masa principal de sus fuerzas en una sola región.

Ahora es cuando empieza a ponerse de manifiesto lo crítico de la situación de Rusia, porque el peligro se cierne simultáneamente sobre vitalísimos miembros del Imperio: en las provincias bálticas se concentra con preferencia la actividad fabril y comercial de Rusia; la caída de Kovno sería la marcha libre sobre Vilna y el hundimiento de las fortalezas del Niemen; la conquista de Varsovia equivaldría a la pérdida de Polonia y a la decisión de la guerra; y la invasión de Besarabia repercutiría en Rumania y afirmaría la situación de Austria-Hungría. Momentos de suma gravedad van a presentarse para el imperio ruso.

#### V.—La retirada rusa en Galizia

La forma como se está desarrollando la retirada de los rusos en Galizia es consecuencia de la falsa posición del ala izquierda, que tantas veces he hecho notar. Con la evacuación de Przemyśl y la retirada sobre Grodek, perdió Ivanov las probabilidades que tenía de conservar una cierta libertad de movimientos. Su ala izquierda estaba muy extendida y empeñada en sangrientos combates, y no pudo ya replegarla hacia el N. Desde entonces, no había otro medio de salvarla que el retroceder apoyándose en ella y recogiendo poco a poco sus fuerzas de O. a E. Así ha obrado Ivanov, y desde la pérdida de Lemberg la línea de retirada corre paralela al Dniester, y no se trata ya de asegurarse un paso libre por el ala derecha. El ejército ruso opera bajo el pie forzado de su equivocado despliegue inicial, y su único objetivo se cifra en la salvación de sus fuerzas, resignándose a ser arrinconado a donde menos útil puede ser para las futuras fases de la guerra. Es el caso de todos los ejércitos decisivamente derrotados estratégicamente; escapan hacia donde pueden y no hacia donde les conviene.

En la ejecución material de esta retirada, la solidez del ejército ruso se ha evidenciado hasta un punto que está vedado alcanzar a los más de los ejércitos. Vencido un día y otro durante dos largos meses, en marcha retrógrada incesante, perseguido por un enemigo tanto más osado cuanto más victorioso resulta, sin esperanza ninguna de contener el alud austro-alemán y mucho menos de reconquistar el terreno perdido, acometido por todos lados y de todos los puntos arrojado, con la convicción de que su suerte es irremediable, diezmado por el fuego abrumador de una artillería incontrastable, soportando privaciones sin límite, resignado, sumiso y triste, el ejército de Ivanov no se desbanda ni se entrega prisionero, a pesar de constarle que en el cautiverio encontraría el término de sus miserias y desgracias. Tal vez no haya otras tropas en el mundo capaces de mostrar tanta disciplina y entereza en circunstancias tan abrumadoras. Es un fatalismo mucho más admirable que el de los orientales, puesto que no se reduce a arrostrar la muerte, sino que se conforma con la derrota y la sobrelleva con estoicismo ejemplar; se doblega y se abate, pero no se descompone, pierde la fe y la energía, pero cumple hasta lo último con su deber. ¡Lástima de soldado!

¡De cuánto no será capaz ese espléndido soldado ruso, el día en que las luces de la civilización moderna alumbren su espíritu, y el día en que el mando esté en armonía con la primera materia! En ningún otro teatro europeo podría darse el caso, ni se daría, que se ha presentado en Galizia, pues ni la imperturbabilidad británica ni la solidaridad alemana resistirían tantos y tan seguidos y tan terribles contratiempos. Menester es rendir plena justicia a ese incomparable soldado ruso, poseedor de todas las virtudes pasivas.

Su mérito se realza, en lo que concierne al infante, recordando la abnegación con que se sacrifica en mortales combates de retaguardia—los que ponen mejor a prueba las cualidades de una tropa—por salvar la artillería. Millares de soldados caen diariamente en manos de los austro-alemanes, y otros muchos riegan la tierra con su sangre, sin otra esperanza ni deseo que la de dar tiempo a que los cañones y el material escapen de las garras enemigas. Sabe el soldado que su patria está escasa de artillería, y entrega la vida por conservar las piezas aún no perdidas, aun dándose cuenta, con ese instinto que no engaña, que la victoria es imposible y la prolongación de la guerra no mejoraría la situación.

Se necesitan las extraordinarios dotes del mando alemán, su perfecto cuerpo de oficiales y la instrucción y el espíritu superior de la tropa, para vencer a un ejército como el ruso, cuando éste combate en su patria y es más numeroso que el adversario. Pero ha de reconocerse que las inmensas ventajas de poseer una artillería sin rival y tener montados de manera irreprochable los servicios de retaguardia, han contribuido no poco a sus éxitos. Todo hacía falta, y aun tal vez era poco, para vencer a un ejército que se raja, se quiebra, se agrieta, pero no se deshace jamás, y en el que los golpes no hacen mella en lo íntimo del ser.

Los generales rusos perdieron la campaña contra Japón; no puede haber comparación ni semejanza, entre aquella y esta; de todos modos, si la guerra



termina en el sentido que ya se dibuja, habrán puesto tanta parte en la decisión el mando alemán, con sus aciertos, como el mando ruso, con sus torpezas: el ejército moskovita, el soldado, debe quedar a cubierto de censuras y exento de culpas, que no le corresponden: no hay fuerzas humanas capaces de hacer más de lo que ha hecho.

#### VI.—La campaña austro-italiana

Ni Tolmein, ni el monte Nero cayeron en manos de los italianos, contra lo que se ha afirmado recientemente en lo que atañe al primer punto y hace ya bastantes días en lo que se refiere al segundo.

Los partes oficiales italianos y austriacos son poco expresivos y no dan idea exacta de los acontecimientos en aquel teatro de operaciones; creeríase según ellos, que el invasor ha suspendido hace un mes la ofensiva, y que los austriacos permanecen en actitud expectante, puramente pasiva. Nada tan lejos de lo cierto. Recapacitando sobre las noticias de los primeros días y lo que se ha dicho, aunque truncado y obscuro, después, se viene en conocimiento de que el plan de los italianos era y sigue siendo el más lógico y más en armonía con las circunstancias, o sea con el estado de guerra contra Rusia en que se encontraba Austria, lo que la obligaba a tener casi todo su ejército en Polonia y Galicia.

Se proponía el general Cadorna ocupar, mediante una ofensiva vigorosa y rápida, el Trentino meridional y las montañas del S. del Tirol, con objeto de proteger de un ataque de flanco al ejército encargado de la acción principal, que debía de desarrollarse en la línea del medio y bajo Isonzo. En los primeros días, las tropas austriacas eran cortas en número y se batieron en retirada, entrando los italianos en el Trentino por el valle del Adige y llegando sin notoria dificultad a las cercanías de Riva. Al mismo tiempo, fueron ocupados algunos pasos montañosos al E. y O. del valle del Adige, así como varias posiciones de la divisoria S. del Puster y del alto Isonzo. En la parte baja de este río, varias cabezas de columna entraron en territorio enemigo, cruzaron el Isonzo y avanzaron en dirección al E. Ocurría todo esto en los últimos días de mayo y primeros de junio; pero los refuerzos austriacos, llamados a toda prisa, se presentaron en los diversos puntos del frente, y antes de terminar la primera decena de junio los italianos fueron contraatacados en las montañas y contenidos en el Adige; completáronse las obras defensivas de campaña que se construían en la margen oriental del Isonzo, y los italianos no pudieron ya desembocar, limitándose a mantenerse penosamente en la orilla izquierda, salvo cerca de la desembocadura, donde adelantaron unos pocos kilómetros. Desde entonces, la situación ha permanecido estacionaria, en conjunto. En la región montañosa, la superioridad numérica de los italianos es poco decisiva; y en la ribera oriental del Isonzo, el poco espacio que queda entre el río y las posiciones austriacas, no consiente un gran despliegue de fuerzas ni las medidas indispensables para un ataque violento. De aquí que la guerra languidezca y transcurran los días sin modificaciones apreciables en la situación. Ciertamente que ha habido y hay combates

empeñados y sangrientos, bastante más serios y reñidos de lo que reflejan los partes oficiales; pero en ellos no han empleado los italianos, ni mucho menos los austriacos, masas considerables. Se comprende que así sea, toda vez que sería muy arriesgado y expuesto a un grave descalabro el lanzar el ejército principal en dirección de Trieste, subsistiendo el peligro latente de un ataque de flanco por el Trentino. Mientras en esta última provincia los italianos no se internen más, quedará suspendido sobre ellos el peligro de ser atacado de revés el cuerpo principal; la probabilidad de que tropas bávaras estén en marcha sobre Trento, aumenta la inseguridad de los italianos.

No quiere decir esto que no haya otros medios de proseguir la campaña que los empleados. Las guerras de épocas pasadas son muy instructivas a este respecto. Sin necesidad de remontarse a ellas, está fuera de duda que las operaciones iniciales de los italianos fueron poco enérgicas y audaces; como también está patente el hecho de que el avance en el Isonzo se intentó procurando tener a favor del invasor todas las garantías deseables. El defecto del plan italiano consiste, precisamente, en pecar de demasiado previsor; si desea descartar todo peligro o eventualidad dañosa, y a este efecto se ha entablado la acción en todo el frente, en lugar de concentrarla en sectores determinados. Esto ha favorecido al defensor, y ha privado a los italianos de las grandes ventajas de haber declarado la guerra y asumido la iniciativa en el primer momento. Una vez contenida la ofensiva, la situación se presenta más favorable a los austriacos, porque la naturaleza montañosa del Trentino y el Tirol les permite ocultar las concentraciones y movimientos de tropas; cuanto más tiempo transcurra sin combates decisivos, tanto mayor será la incertidumbre del cuartel general italiano. Se ha preocupado acaso demasiado del adversario, restándose así libertad y resolución, y por momentos se hace más difícil la labor del general Cadorna. Parece, sin que pueda aseverarse, que el general Cadorna piensa más en la seguridad de sus tropas y en los peligros que le amagan, que en derrotar al enemigo. De este modo no se alcanzan victorias de consideración, ni se cosechan frutos valiosos; el general Cadorna no quiere exponer nada o casi nada, y sin exposición no hay triunfos dignos de este nombre. Pero habrá de variar de idea, porque la prolongación del actual estado de cosas favorece a los austriacos, que van afirmando el éxito de sus armas contra Rusia y se pondrán más o menos pronto en condiciones de lanzar nuevas tropas contra Italia.

#### VII.—La situación el 10 de Julio

Malos han sido los últimos días para los franceses; atacados en diversos puntos del frente, desde el Norte de Arras a los Vosgos, han perdido varias trincheras y posiciones avanzadas, dejando en manos del enemigo unos 5,000 prisioneros y bastante material de guerra. En el frente británico, los ingleses, después de varias semanas de calma, emprendieron un ataque, que fué fácilmente rechazado. La artillería alemana está desplegando inusitada actividad en todo el frente, y los franceses vuelven a



estar a la defensiva a lo largo de toda la línea. Con todo, las pequeñas ventajas obtenidas por el invasor no han modificado la situación general, que sigue siendo la misma de hace muchos meses.

En los Dardanelos, los terribles combates de primeros de mayo, que los aliados presentaron como tentativas de su avance, fueron debidos, según declaran ahora los mismos aliados, al propósito de los turcos de arrojarles al mar. Los otomanos han repetido en estos días sus ataques, que no han tenido éxito; no ha cambiado la situación. El fuego dirigido por las baterías turcas de la costa asiática contra los aliados, y la intervención de un barco de guerra turco en los últimos encuentros, indica que las escuadras aliadas no se aventuran ya en las aguas del estrecho.

En el teatro meridional, los austriacos han pasado a la ofensiva en toda la región montañosa. No hablan hace días los partes italianos de la acción emprendida en el camino de Tarvis, ni de la que tenía por objeto envolver el alto Isonzo, operaciones que se dieron como inminentes y a punto de realizarse, lo que parece denotar que han fracasado en ambos fines. Tampoco ha tenido mejor suerte el ataque emprendido por cuatro cuerpos de ejército italianos en la orilla oriental del Isonzo, desde Görz al mar. Ha sido esta la batalla en que han tomado parte fuerzas más numerosas, pero se desconocen los detalles.

En el frente oriental, se han registrado nuevos avances, aunque poco importantes, de los alemanes al N. del Niemen, en el sector de Maryampol y al N. de Przaszmisz. En el Dubisa hay tranquilidad.

Desalojado el ejército de Ivanov de la línea del Gnila Lipa y rechazado hacia el E., ha tenido que retroceder a la orilla oriental del Zlota Lipa. Frente a él han quedado los ejércitos de Böhm Ermoli, von Linsingen y von Pflanzer, al mando del segundo, los dos primeros al N. del Dniester y en la línea de este río el tercero. La disminución de fuerzas austro-alemanas en Galizia, demuestra mejor que cualquier discurso la debilitación del ejército ruso; hasta la toma de Lemberg combatieron contra él los cinco ejércitos que iniciaron la campaña; el del archiduque José Fernando se destacó hacia el N. poco antes de la reconquista de la capital de Galizia, y apenas cayó Lemberg y retrocedieron los rusos al Gnila Lipa, el de von Mackensen, el más fuerte de los cinco, se movió también entre el Bug y el Vieprz. La disminución de las fuerzas austro-alemanas que luchan contra Ivanov y el presentarse los ríos de la izquierda del Dniester perpendicularmente a su dirección de marcha, dificultan los avances del vencedor; éste ha conseguido ya, como dije, su objeto, consis-

tente en poner fuera de combate al ejército ruso de Galizia, privándole de tomar parte en las operaciones, más importantes, que han comenzado a desarrollarse en Polonia meridional.

Apoyándose en la orilla izquierda del Vístula, el ejército del archiduque José Fernando ha derrotado a los rusos en varias batallas, arrojándolos al N. de Krasnik. Fuertes reservas moscovitas contraatacaron cerca de este punto, pero fueron rechazadas. Mas como los rusos se han dado cuenta por fin de que los austro-alemanes apuntan a Varsovia, siguen llegando nuevas tropas a la región de Krasnik, donde continúan los combates.

Teniendo que hacer un cambio de frente más vasto, el ejército de von Mackensen se encuentra algo más retrasado que el del archiduque José Fernando. Apoya su ala derecha en el Bug y marcha a atacar de flanco la línea del Vieprz. Cuando haya desplegado y esté en aptitud de apoyar al archiduque, la crisis llegará a su punto culminante y, si el triunfo acompaña a los germanos, la decisión será rápida. Al internarse en Rusia y variar completamente su dirección de marcha, las tropas de von Mackensen han tenido que cambiar su línea de operaciones, que es una de las empresas más difíciles de la guerra, y ello requiere tiempo y muchas precauciones. Este ejército de von Mackensen procura cubrir su derecha con el Bug, y va a obrar como ala envolvente contra el grueso ruso, hasta ahora empleado contra el archiduque. No hay duda de que si todavía quedan tropas en Rusia, serán lanzadas contra Mackensen. Iniciase, por consiguiente, una nueva campaña, cuyos resultados pueden ser de incalculable trascendencia.

En el Oeste del Vístula, el ejército de von Voyrsch va avanzando, sin encontrar apenas resistencia, a medida que el archiduque José Fernando adelanta hacia el N.

En un combate naval reñido en el Báltico, la escuadra rusa ha echado a pique al fondeador de minas alemán *Albatros*, de 2,200 toneladas. Los detalles y consecuencias de este combate, no se han hecho públicos.

Un sumergible austriaco ha echado a pique en el Adriático al crucero acorazado italiano *Amalfi*, que tenía 10,400 toneladas, y estaba armado con cuatro cañones de 25.4 centímetros; ocho de 19; 16 de 7.6; dos de 4.7, y dos tubos de lanzar.

Los serbios y montenegrinos han invadido la Albania del Norte y ocupado Durazzo.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

10 julio 1915.